

Y AL COSTADO DEL CAMINO

I

Dicen que eres un ángel
porque tienes las uñas moradas
la cara lavada y blanca
y el cigarrillo trémulo en los labios
como temor de labio entre 2 gritos

Dices que eres un ángel
porque agachadita engulles el agua en el centro de las plazas
y devuelves el insecto
a Gregorio Samsa –El hombre sin milagros–

Sí, yo sé, ya sé / no son suficientes
los lunares que –seguramente– llevas en el pecho
para ser lo que eres
también cuentan las sombras en el vientre
tu cuerpo oculto bajo loba
y tu poca lágrima
al lado siniestro de Rómulo –el hijo gordo–

Dices que eres un ángel
de esos que usan pelo negro como los hombres
de esos

sensuales como adoquines
y cargan espejo

Dices que eres un ángel
sólo porque te sientas bonito
cual brillo de arete en la intimidad de la orgía
o simple y llanamente
porque tienes los dientes de liebre y el sol te duele

II

Dices mucho y digo poco
yo seguiré callando
y seguirán tus labios partidos partiendo palabras
como se parte el café con un sorbo
No digamos más –mas tú insistes en ser ángel
de esos que son hembras como demonios
de esos

que ponen fin a sus novelas y llevan
el horror al vacío en sus 10 dedos de nazca
–los ceramistas del caligrama–
pero hoy me has dicho que eres ángel
porque yo te lo permito
porque sientes mi cuerpo a tu lado en el tuyo
mar adentro
más próximo a ti que conmigo

Sí, yo sé, ya sé / para ser lo que eres
también cuentan tus senos pequeños
cual cachorros de gato o migas de pan
Pero no es necesario que muestres el número en tu frente
ni ponerse desafiante a las manecillas del reloj
para ser lo que eres
bastan las uñas moradas y el cigarrillo entre los dedos.

DESIDERATUM

Mis ojos son como rastrillos en tus ojos
clavados en la ojera para hacer castillos de arena

Martín Horna Romero

*He abandonado mi cuerpo
Como el naufragio abandona las barcas
O como la memoria al bajar las mareas*

E. A. WESTPHALEN

EPITAFIO
+

Q. E. P. D.

Aquí yace un hombre
a quien los aires le temían, a
quien la frente parecía caérsele de la frente,
a quien sus propias manos lo hicieron muralla. Un
hombre que oscila fácilmente entre edénico y judásico. Y en
ocasiones hurgaban por especias en distintas cuencas de Falopio.
Su nombre era mi padre. Y las hebras de sus cejas, que eran remos
sobre el tiempo, conquistaron a mi madre.
Ella me enseñó a amarlo, separando hábilmente a los mares del
océano; y así aprendí a querer al mar padre de mi padre.
Pero, finalmente, el tiempo se lo llevó consigo:
sus remos se agotaron, la lengua se le hizo trapo
y los aires lo hicieron parte de sus
periplos en las playas. Entendí, entonces,
que los aires lo esperaban, nunca le temieron.

Martín Horna Romero

MARTÍN HORNA ROMERO. Estudia Literatura en la UNMSM. Ha publicado en la Revista *Apeirón*.